

levantóm los ojos y lo miró y el mozo vino y pasó la servilleta sobre la mesa y escuchó lo que el hombre pedía y luego lo repitió en voz alta; el hombre de la mesa lejana que oía al que hablaba volublemente volvió unos ojos lentos y pesados hacia el cliente que acababa de entrar; un gato soñoliento estaba tendido sobre la trunca balastrada de roble negro que separaba dos sectores del salón, a partir de la vidriera donde se leía, al revés, la inscripción: "Café de la Legañidad"; ella pensó: ¿Por qué se llamará Café de la Legalidad? Una vez había visto, en el puerto, una barca que se llamaba *Casualidad*; ¿qué quería decir *Casualidad*, por qué había pensado el patrón en la palabra *Casualidad*, qué podía saber de *Casualidad* un navegante gris a menos de ser un hombre de ciertas lecturas venido a menos?; tal vez tuviera que ver con ese mismo desastre la palabra *Casualidad*; o sencillamente habría querido poner *Casualidad* -es decir; podía ser lo contrario, esa palabra, puesta allí por ignorancia o por asomo de conocimiento-; junto a la tintorería, las puertas ya cerradas pero los escaparates mostrando el acumulamiento ordenado de carátulas grises, blancas, amarillas, con cabezas de intelectuales fotográficos y avisos escritos en grandes letras.

-Este no es un buen whisky- dijo él.

-¿No es?_ preguntó ella.

-Tiene un gusto raro.

Ella no le tomaba ningún gusto raro; verdad que había tomado whisky tan pocas veces; él tampoco tomaba mucho; algunas veces, al volver a casa cansado, cinco dedos, antes de comer; otros alcoholes tomaba con preferencia, pero nunca solo sino con amigos, al mediodía; pero no se podía deber a eso, tan pocas cosas, aquel color verdoso que le bajaba de la frente, por la cara ósea, magra, hasta el mentón; no era un color enfermizo, pero tampoco eso puede indicar salud; ninguno de los remedios habituales había podido transformar el tono mate que tendía algunas veces hacia lo ligeramente cárdeno.

Le preguntó él:

-¿Qué me miras?

-Nada- dijo ella.

-Al fin, ¿vamos a ir o no, mañana, a lo de Leites?...

-Sí- dijo ella-, por supuesto, si quieres. ¿No les hemos dicho que íbamos a ir?

-No tiene nada que ver- dijo él.

-Ya sé que no tiene nada que ver, pero en caso de no ir habría que avisar ya.

-Está bien. Iremos.

Hubo una pausa.

-¿Por qué dices, así, que iremos?- preguntó ella.

-¿Cómo "así"?

-Sí, con un aire resignado. Como si no te gustara ir.

-No es de las cosas que más me entusiasman, ir.

Hubo una pausa.

-Sí, siempre dices eso. Y sin embargo, cuando estás allí...

-Cuando estoy allí, ¿qué? - dijo él.

-Cuando estás allí parece que te gustara, y que te gustara de un modo especial...

-No entiendo- dijo él.

-Que te gustara de un modo especial. Que la conversación con Ema te fuera una especie de respiración, algo refrescante, porque cambias...

-No seas tonta.

-Cambias- dijo ella-. Creo que cambias. O no sé. En cambio, no lo niegues, por verlo a él no darías un paso.

-Es un hombre insignificante y gris, pero al que debo cosas- dijo él.

-Sí. En cambio, no sé, me parece que dos palabras de Ema te levantarán, te hicieran bien.

-No seas tonta- dijo él-¿ También me aburre.

-¿Por qué pretender que te aburre? ¿Por qué decir lo contrario de lo que realmente es?

-No tengo por qué decir lo contrario de lo que realmente es. Eres terca. Me aburre Leites y me aburre Ema, y me aburre todo lo que los rodea y las cosas que tocan.

-Te fastidia todo lo que los rodea. Pero por otra cosa- dijo ella.

-¿Por qué otra cosa?

-Porque no puedes soportar la idea de esa cosa grotesca que es Ema unida a un hombre tan inferior, tan trivial.

-Pero es absurdo lo que dices. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? Cada cual crea relaciones en la medida de su propia exigencia. Si Ema vive con Leites no será por una imposición divina, por una ley fatal, sino tranquilamente porque no ve más allá de él.

-Te es difícil concebir que no vea más allá de él.

-Por Dios; no seas ridícula.

Hubo otra pausa. El hombre del traje blanco salió del bar...

-No soy ridícula- dijo ella.

Habría querido agregar algo más, decir algo más significativo que echara una luz sobre todas esas frases vagas que cambiaban, pero no dijo nada; volvió a mirar las letras de la palabra Tintorería; el patrón llamó al mozo y le dio una orden en voz baja, y el mozo fue y habló con uno de los dos clientes que ocupaban la mesa extrema del salón; ella sorbió la última gota del aguradiante ámbar.

- En el fondo, Ema es una mujer bastante conforme con su suerte -dijo él.

Ella no contestó nada.

- Una mujer fría de corazón -dijo él.

Ella no contestó nada.

-¿No crees? -dijo él.

-Tal vez -dijo ella.

- Y a ti, a veces, te da por decir cosas tan absolutamente fantásticas.

Ella no dijo nada.

-¿Qué crees que me pueda interesar en Emma? ¿Qué es lo que crees?

-Pero, ¿para qué volver sobre lo mismo? -dijo ella-. Es una cosa que he dicho al pasar. Sencillamente al pasar.

Los dos permanecieron callados; él la miraba, ella miraba hacia afuera, la calle que iba llenándose, muy lentamente, muy lentamente, de oscuridad, la calle donde la noche entraba en turno; el pavimento que, de blanco, estaba ya gris, que iba a estar pronto negro, con cierto reflejo azul mar brillando sobre su superficie; pasaban automóviles, raudos, alguno que otro ómnibus, cargado; de pronto se oía una campanilla extraña; ¿de dónde era esa campanilla?; la voz de un chico se oyó lejana, voceando los diarios de la tarde, la quinta edición, que aparecía; el hombre pidió otro whisky para él; ella no tomaba nunca más de una pequeña porción; el mozo volvió la espalda a la mesa y gritó el pedido con la misma voz estentórea y enfática con que había hecho los otros pedidos y con que se dan el gusto de ser autoritarios estos subordinados de un patrón tiránico; el hombre golpeó la vidriera y el chico que pasaba corriendo con la carga de diarios oliendo a tinta entró en el salón, y el hombre comió un diario y lo desplegó y se puso a leer los títulos; ella se fijó en dos o tres fotografías que había en la página postrema: una joven de la aristocracia que se casaba y un fabricante de automóviles británicos que acababa de llegar a la Argentina en gira comercial; el gato se había levantado sobre la balastrada y jugaba con la pata en un tiesto de flores, moviendo los tallos de las flores viejas y escualidas; ella preguntó al hombre si había alguna novedad importante y el hombre vaciló antes de contestar, y después dijo:

-La eterna cosa. No se entienden los rusos con los alemanes. No se entienden los alemanes con los franceses. No

se entienden los franceses con los ingleses. Nadie se entiende. Tampoco se entiende nada. Todo parece que de un momento a otro se va a ir al diablo. O que las cosas van a durar así: todo el mundo sin entenderse, y el planeta andando.

El hombre movió el periódico hacia uno de los flancos, llenó la copa con un poco de whisky y después le echó un terrón de hielo y después agua.

-Es mejor no revolverlo. Los que saben tomarlo dicen que es mejor no revolverlo.

-¿Habrá guerra, crees? -le preguntó ella.

-¿Quién puede decir sí, quién puede decir no? Ni ellos mismos, yo creo. Ni ellos mismos.

-Duraría dos semanas la guerra, con todos esos inventos...

La otra también; la otra también dijeron que iba a durar dos semanas.

-Era distinto.

-Era lo mismo. Siempre es lo mismo. ¿Detendrían al hombre unos gramos más de sangre, unos millares más de sacrificados? Es como la plata del avaro. Nada sacia el amor de la plata por la plata. Ninguna cantidad de odio saciará el odio del hombre por el hombre.

Nadie tiene ganas de ser masacrado -dijo ella-.

eso es más fuerte que todos los odios.

-¿Qué? -dijo él. Una ceguera general todo lo nubla. En la guerra, la atrocidad de matar es más grande que el pavor de morir.

Ella calló; pensó en aquello; iba a contestar, pero no dijo nada; pensó que no valía la pena. Una joven de cabeza canosa, envuelta en un guardapolvo gris, había salido a la acera de enfrente y con ayuda de un hierro largo bajaba las cortinas metálicas de la tintorería, que cayeron con seco estrépito. La luz eléctrica era muy débil en la calle y el tráfico se había hecho ahora ralo, pero seguía pasando gente con intermitencias.

-Me das rabia cada vez que tocas el asunto de Ema -dijo él.

Ella no dijo nada. El tenía ganas de seguir hablando

-Las mujeres debían callarse a veces -dijo.

Ella no dijo nada; el hombre rasurado, de piel amarillenta, se despidió de su amigo y caminó por entre las mesas y salió del bar; el propietario levantó los ojos hacia él y luego los volvió a bajar.

-¿Quieres ir a alguna parte a comer? -preguntó él, con agriedad.

-No sé -dijo ella-, como quieras.

Cuando hubo pasado un momento, ella dijo:

-Si uno pudiera dar a su vida un fin.

Seguía él callado.

Estuvieron allí un rato más y luego salieron; echaron a andar por esas calles donde rodaban la soledad, la pobreza y el templado aire nocturno; parecía haberse establecido entre los dos una atmósfera, una temperatura que no tenía nada que ver con el clima de la calle; caminaron unas pocas cuadras, hasta el barrio céntrico ardían los arcos galvánicos, y entraron al restaurante.

¡Qué risas, estrépito, hablar de gentes! Sostenía la orquesta de diez hombres su extraño ritmo; comieron en silencio; de vez en cuando cruzaba entre los dos una pregunta, una réplica; no pidieron nada después del pavo frío; más que la fruta, el café; la orquesta sólo se imponía pequeñas pausas.

Cuando salieron, cuando los recibió nuevamente el aire nocturno, la ciudad, caminaron un poco a la deriva entre las luces de los cinematógrafos. El estaba distraído, exacerbado, y ella miraba los carteles rosa y amarillo; habría deseado decir muchas cosas, pero no valía la pena; callaba.

-Volvamos a casa -dijo él-. No hay ninguna parte a dónde ir.

-Volvamos -dijo ella-. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

EDUARDO MALLEA

(1903-1982) Argentino. Nació en Bahía Blanca. Sus estudios de Derecho los abandonó para dedicarse a la literatura. Fundó revistas, publicó libros. Desde 1931 dirigió el suplemento literario de la nación. Después desempeñó unos cargos diplomáticos. Además de los dos tomos de cuentos, *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926) y *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), Mallea se conoce más por su ensayo autobiográfico, *Historia de una pasión argentina* (1937) y por sus novelas *Fiesta en noviembre* (1938), *La bahía de silencio* (1940), *Todo verdor perecerá* (1941), *Las águilas* (1943), *El retorno* (1946), *El vínculo* (1946), *Los enemigos del alma* (1950), *La torre* (1951). Los tomos de novelas cortas: *Sala de espera* (1954) y *La razón humana* (1960). Sus obras más recientes son *La penúltima puerta* (1969), *Gabriel Andaral* (1971), *Triste piel del universo* (1971), y *En la creciente oscuridad* (1973). *Conversación* pertenece a la colección *La ciudad junto al río inmóvil*.

Una mosca zumbando al sol

ALICIA TRUEBA

Se considera que la colonia Jardines del pedregal es un barrio de ricos, mejor dicho de nuevos ricos, o lo que es lo mismo, un lugar en que sobran habitaciones, baños, terrazas, automóviles, jardines y dicen que hasta sirvientas.

Adentro de esas enormes casas se multiplican los excesos: hay alfombras persas, porcelanas chinas, candelas franceses y retratos de antepasados que seguramente fueron comprados en el Rastro de Madrid.

En esa colonia vivo yo, pero no soy rica, aunque mi marido se empeña en parecerlo. El terreno lo compramos a plazos, y la casa todavía arrastra la carga de una hipoteca. Para poder ahorrar la renta del departamento en que vivíamos, nos cambiamos cuando aún no se terminaba la obra, y pasamos varias semanas tapando con cobertores las ventanas del único cuarto medianamente habitable, hasta que nos colocaron los vidrios. Se podría decir que fuimos los paracaidistas de la colonia.

Pero creo que debo empezar por el principio. A los dieciocho años yo era una secretaria digamos linda, con hoyuelos cerca de la boca, francamente graciosa. Había crecido fiel a los preceptos de buena educación, de una familia católica de la clase media mexicana, así que mi meta principal era el matrimonio, misma que quedó cumplida hace veinticinco años.

Cuando conocí a Ducio (no es error, mi marido se llama así, igual que se llama su padre y se llamara su abuelo, el nacido en la añorada Italia, e iniciador del negocio de salchichonerías), me enamoré sin remedio de su perfil romano. Muy pronto aprendí a decir: *ciao, come va, prego, tante grazie, buon giorno, domani*, en fin, era guapísimo: aún lo es, aunque menos de lo que él cree, porque su pelo le ha empezado a ralar ensanchando su frente, y la cintura le ha aumentado varios centímetros. Pero entonces era hermoso, se me acercaba rodeado de un halo fascinante, con olor a sol, y mi mente dejaba de funcionar. Nos casamos y esperé la magia, esperé el prodigio, el sol. Fue el principio del verbo esperar.

La vida de casada no cansa de asombrar con sus descubrimientos insospechados. Muy pronto me reveló que la impaciencia y los temores de un esposo, trabajan a velocidades anormales. A los seis meses de nuestra boda a Ducio le dieron paperas, y es sabido que cuando a un macho adulto le dan paperas, los testículos se le inflaman, por lo tanto deben observarse cuidadosamente, para aplicarles con oportunidad las compresas indicadas. Aseguro que esto nada tiene que ver con la serena belleza de un David de Miguel Ángel, por ejemplo.

Nunca olvidaré mi primer regalo de bodas: una maquinita de lo más ingeniosa, diseñada para hacer la pasta en casa: "La manovella funziona e comenza a sparare lungos filatos de spaghetti, ¿non e meraviglioso?" después se tienen que colgar uno por uno como delicadas tiras de encaje, hasta que sequen completamente.

En veinticinco años me he acabado cuatro maquinitas iguales.

Bien, al tercer mes de casada descubrí varias cosas: primero, que estaba embarazada. Segundo, que la salchichonería era propiedad de toda la familia Parnesi, lo que significaba que a Ducio le correspondía exactamente la veintidosava parte de las utilidades. Tercero, que no importaba el esmero con que yo cocinara las pastas, su mamá siempre las hacía mejor.

Al tercer año de casada, descubrí primero, que estaba embarazada. Segundo, que mi marido tenía una devoción absoluta por el dinero y su atesoramiento. Tercero, que después de oír tres discos de larga duración, con canzonetas y tarantellas, amén de una ópera, me entraban ganas terribles de escuchar el "Son de la Negra" o "Juárez no tenía que morir".

A los trece años de casada, descubrí: primero, que estaba embarazada. Algo inesperado después de tantos años de Ducio chico y Roxana. "Accidente di spumanti", como dijera mi suegro. Segundo, que era imposible llevar a Ducio más lejos del televisor, y su cama, porque estaba inoculado, infectado hasta los huesos, de hogar. Tercero, que era yo una experta en el silencioso lenguaje del televidente: una elevación de la barba es para que le sirva más agua, un tamborileo en el plato es

que ya terminó, una ligera sacudida de la cabeza es señal de que no quiere nada más. Cuarto, que inexplicablemente y de repente, me daban ganas de abrir las ventanas para gritar a pleno pulmón que Ducio tenía dentadura postiza y que padecía gases después de la cena.

A los veinticuatro años de casada, descubrí: primero, que era difícil soportar las disertaciones de Ducio chico sobre marx y proletariado; o los desplantes de Roxana, su modita de enchinarse el pelo como frijoles refritos y traer los senos sueltos parpadeando bajo la blusa; o las ausencias de Guido que desaparecía sin decir agua va hasta la hora de las comidas; y segundo, que me importaba un comino lo que hubiera hecho Garibaldi; que no admiraba a Fellini y a sus viejas gordas; que Sofía Loren me parecía una cincuentona bocona; que detestaba las pizzas y que hasta el Papa me andaba cayendo gordo con todo y sus bendiciones.

En fin, esa era más o menos la situación hasta hace cuatro días en que cumplí veinticinco años de casada (cosa que ¡claro! nadie recordó). Para la cena preparé un pollo especial, con almendras y piñones, es decir, caro. Por supuesto, no esperaba aplausos, pero que el pollo era una delicia, lo era, estoy segura. Pues mis tres hijos (Ducio no lo probó por sentirse mal) lo engulleron en completo silencio. En ese momento me prometí que en mi otra vida tendría una familia encantadora.

Ese día había lavado ropa, fregado baños, limpiado vidrios, pero esperaba ilusionada la noche para ver *Cumbres Borrascosas*. Ducio trabajaba hasta muy tarde, así que yo sufriría la pasión de Heatcliff por Cathy y me sentiría reconfortada. Pero Ducio llegó temprano, acatarrado, se puso en pijama y se encasquetó la gorra tejida por su madre, usada siempre que se enfermaba. Era el principio de una larga sesión de fútbol y noticieros, con tés calientes y fricciones de Vaporrub.

Heatcliff esperaría inútilmente entre los brezos.

No pude dormir. De pronto me sentía rendida, aturdida de fatiga. En el espejo del baño me vi tensa, con profundas ojeras; era alguien extraño, duro, intenté relajarme y la cara se desplomó frente al espejo. ¿Cuándo, en qué momento había dejado de ser alegre, ligera, joven? De golpe me di cuenta que había envejecido trabajando, sin tiempo ni para pensar, sin siquiera unos minutos para llorar, y todas sabemos que la mujer necesita tiempo para eso.

Esa noche lloré. Lloré hasta desmoronarme. Lloré por todos los platos sucios que había lavado, por tanta ropa planchada, por aquel vestido de bolas azul y blanco que en una Navidad no pude comprarme, por los botones cosidos, los remiendos hechos, por los kilos que tengo de más, por todas las idas al dentista, por las funciones de balet que no vi, por los hoyuelos en las mejillas que se me han convertido en dos arrugas, por mis manos de uñas cuarteadas, por esforzarme en oír lo que le interesa a mi esposo, a mis hijos y hasta a la criada, cuando llego a tenerla. Lloré porque todo mi trabajo lo recibe mi familia como el servicio de teléfono o de agua, pero sobre todo lloré por no tener un tiempo mío, un espacio mío, porque siempre estoy esperando a mi marido, a mis hijos, como si solamente en compañía de ellos yo pudiera ser. Esperar. Esperar a que se calienten los alimentos, esperar a que terminen de comerlos para levantar, lavar y acomodar nuevamente, y esperar al fin a que Ducio quite la almohada extra en que nos aoyamos para ver la tele por la noche, que sin decir palabra la arranque de debajo de nuestras cabezas y la eche al suelo, porque es la hora de dormir.

Cuando terminé de llorar decidí hacer un balance: descubrí que durante la primera parte de mi vida había tenido un padre que siempre supo lo conveniente para mí, y que durante la segunda parte, mi marido fue el erudito al respecto. Por primera vez atisé una especie de canibalismo contra el que me tenía que defender, y no solamente eso, sino que necesitaba trazar nuevas formas.

Al día siguiente, muy temprano, me vi de nuevo al espejo: por supuesto mi cara cedía a los años, pero atrás, en el fondo de los ojos, había algo perteneciente aún a aquella muchacha imaginativa, sana, con sus nervios bajo control. Me negué a caer en la tan traída y llevada depresión. Fui al cuarto de televisión, y en la máquina de escribir elaboré una cuartilla con tres copias. De la parte de arriba del clóset de blancos, saqué ropa de cama, toallas, y una hamaca comprada hacía años.

Salí al jardín, me dirigí al cuartito construido para el mozo que nunca tuvimos, y donde se guarda lo que no es de uso diario. Pasé las herramientas de jardín al garage, lavé paredes, piso, comprobé el buen funcionamiento del minúsculo

baño, y el de las dos parrillas eléctricas. Tendí el catre, acomodé una caja llena de libros y revistas viejas como buró, y regresé a la casa por la cafetera chica y frascos con café y azúcar, un foco para el pie de lámpara, una ollita, una sartén, una taza, dos platos y cubiertos. En el último viaje saqué mi bolsa, dos suéteres, una falda y el camisón; todo lo colgué en tres clavos. Cuando vi mi obra me sentí satisfecha: jamás había tenido un refugio auténticamente mío. En dos árboles, frente al cuartito, sujeté la hamaca.

Como era costumbre los domingos, esa mañana serví tarde el desayuno. Todos estaban presentes cuando empecé a hablar. -En todas las familias cada quien tiene su obligación, y como en las óperas, cada uno debe cantar sus arias, pero resulta que aquí yo soy la única diva, y ustedes jamás aplauden.

Preparo, organizo, mejoro, y ni siquiera se dan cuenta de que existo. Les doy a cada uno copia de mi pliego de peticiones, y espero las firmas de los cuatro. Este es el último desayuno que les sirvo, y -miré valientemente a Ducio- me autoexilio del Edén.

Mi decisión expuesta con calma (*ma non troppo*) provocó un corto silencio y luego exclamaciones como: "¿Es una broma estúpida?", por supuesto mi marido, "¿Qué tonterías estás diciendo?" Roxana moviendo con impaciencia la cabeza. "¿Y es 'onda'?" Guido. Mi hijo mayor abrió la boca y se me quedó viendo: "¿Es u...huelga?"

-Sí -contesté -Es una huelga.

Salí.

Al poco tiempo escuché voces destempladas. Me sentía observada desde las ventanas. Imprimí un ligero balanceo a la hamaca. Las manos me sudaban.

Minutos más tarde apareció Ducio esparciendo gritos y manotazos, aventó al suelo mi cuartilla: se largaba a comer con sus padres y esperaba que a su regreso ya estuviera yo en mis cabales. Entretanto mis hijos se fueron cada uno por su lado. Tuve la impresión de que se escabullían.

Cuando Ducio regresó, yo seguía en la hamaca: vi claramente cómo la furia le descompuso la cara. Empezó a hablar muy en personaje de Verdi, pero aceleradísimo, terminó en un Wotan enfurecido, y hasta los árboles parecieron encogerse bajo el vocabulario tan masculino que usó. Durante largo rato oí su risa final.

Curiosamente, después de esa explosión, dejaron de aletear las mariposas en mi vientre, y me estiré en la hamaca; por mucho tiempo contemplé en el cielo el brillante resplandor de la luna. Por primera vez sentí que Ducio, los hijos, la casa, eran ajenos a mí misma.

Al día siguiente, no había terminado de lavarme, cuando oí el taconeo de Roxana. Su voz sonó más desdeñosa que de costumbre. -Ignoro si vas a persistir en esta ridícula postura, pero al menos, de hambre, no queremos que mueras.

Rechacé medio sonriente el plato con sandwiches. Mi hija hizo un gesto y se fue. Se me figuró que iba llorando.

Ducio gritó desde lejos antes de subirse al coche:

-¿Continúas sin el menor sentido común?... Creo que tendremos que llamar al médico. -Sentí su furia al añadir -¡que la estupidez te aproveche!

Estoy segura que durante su recorrido, lamentó no haberse casado con aquella rubia tan platino y tan vecina suya, o mejor aún, no haber importado de la mismísima madre patria, una esposa como Dios manda.

Fui al super, me demoré viendo títulos de libros, maquillajes, telas; con dos vecinas me quejé de los precios. Una

de ellas comentó:

-Ayer la vi en su hamaca toda la tarde y la envidié, no sé cómo le hace para tener tiempo libre.

-Muy fácil, estoy en huelga.

Las dos rieron y nos despedimos.

Ducio regresó y entró a la casa ignorándome. Mis hijos me saludaron desde lejos, parecían temer el nuevo ámbito que me rodeaba.

Ya había oscurecido.

-Ma -dijo a mis espaldas la voz apagada de Guido -aquí te dejo mi radio.

Arriba, la primera estrella brillaba titubeante.

Al día siguiente desperté tarde, me estuve haciendo la remolona. Cuando salí al jardín vi con sorpresa que los dos coches aún estaban en el garage. Al poco rato salió Ducio.

-¿Cómo diablos puedes tener calma cuando estás provocando una situación tan ridícula? La casa es el desorden mismo, nadie sabe dónde están las cosas. ¿Qué esperas, convertirnos en el hazmerreír de toda la gente? ¿Que te crezca pasto entre los sesos? ¡Qué!

Lo miré insumisa y enconada.

-Espero la división de responsabilidades y el respeto a mis derechos.

-¡Derechos! ¡Derechos! -vociferó-. ¡En esta casa todos tienen derechos!

-Menos yo -dije-, y él, atrapado entre exasperación y cólera me dio no menos de cuatro bofetones con la mirada. Subió a su coche, y por supuesto azotó la portezuela.

Después del super volví a mi hamaca. Era una delicia sentir el sol en los brazos, en la cara, mecer mi somnolencia, mi holganza.

El zumbido de una mosca se mezcló con lejanas voces airadas. Pensé: Están gritando por su comodidad perdida.

Al mediodía mi hijo mayor atravesó el prado y caminó hasta donde yo estaba escribiendo; vi su cuerpo delgado, elástico, su piel tostada. Por un instante recordé el aura fascinante de su padre, y me estremecí. No se acercó demasiado, apoyado en un árbol empezó a hablar.

-Madre, estás levantando ampollas. nadie duerme. Está bien esta... huelga, pero sería mejor que hablaras y acordaras con papá...

-Ya se lo dije por escrito.

-Bueno, jefa -noté el dejo impaciente en su voz-, yo estoy de acuerdo en responsabilizarme, los tres te ayudaremos en todo, y por supuesto que papá te llevará de vacaciones a donde quieras, pero comprende, nada de lo que dices ahí es importante.

Brinqué como mordida por la mosca que atontada de calor, zumbaba y zumbaba; de un manotazo la alejé, antes de

decir con voz suave, *veramente pianissima*:

-Ese es el problema: qué es lo importante para ustedes. Adiós, hijo, se te hace tarde para la escuela.

Entré al cuarto, cerré la puerta y rechacé, como si también le diera un manotazo, al leve brote de desaliento.

No salí para nada durante el resto del día. En la caja de libros había encontrado todos los tomos de *Los Pardaillan*, y traté de hundirme en sus traiciones, amores, asesinatos. Al anochecer oí el auto de Ducio, después de unos portazos. La voz ronca gritó:

-¡Guido, vete a ver si la loca de tu madre está bien!

Cuando mi hijo menor entró, no pudo preguntarme nada, se me echó en los brazos y empezó a llorar con la cara hundida en mi cuello.

-Ma... regresa a la casa, yo hago lo que tú quieras, todo lo que quieras.

No había podido aún conciliar el sueño, cuando oí pasos que se acercaban. cerré fuertemente los ojos, pero supe que era Roxana, la que con mucho cuidado extendía sobre mi cuerpo otro cobertor. Antes de que saliera, vislumbré su carita fina entre los montones de cabello rizado. Me di vuelta en la cama. En la boca sentía un grato sabor terroso...

Hoy tampoco quise salir, oí los ruidos de los automóviles, a mis hijos; me pareció que la voz de Ducio chico estaba muy ronca, y pensé si se habría resfriado, y también si Guido habría tomado sus vitamainas... "Mañana se tiene que pedir el gas".

Todo el día estuve escribiendo estas hojas, escribiendo y leyendo también. Ya oscurecido salí. Adentro tenía sensación de frío, pero en el jardín la noche era suave, tibia y en la calle sobraba vida. Los automóviles se acercaban y desaparecían en la oscuridad. Van de prisa, como de prisa veo caminar a algunas gentes, como si quisieran anticipar el momento de llegar a su casa.

De pronto vi a Ducio. Estaba apoyado en el mismo árbol en que su hijo se apoyara. Desde la suave ondulación de la hamaca, observé su desasosiego, su incomodidad.

Empezó a hablar con voz ligeramente alterada; habló de hijos, de deberes, de razones, de la Razón, de que si la casa y yo, pero la voz se fue achicando, no, no fue la voz, él se fue achicando, y yo descubro, maldita, ¡maldita sea! que lo único que quiero es que me rodee con sus brazos. Nada más. No hay en mi mente lugar para amás. Eso es todo. E-s-o e-s t-o-d-o.

Cuando entramos a la casa vi las flores y a mis tres hijos expectantes. Guido, ansioso, con los ojitos brillantes, me señaló el pequeño televisor con un moño.

-Es para ti, ma, para ti sola.

Apreté los labios. Con esfuerzo logré que las lágrimas retrocedieran a la región honda y oscura a donde pertenecen.

Los jóvenes

RAÚL RANGEL FRÍAS

La juventud es un estado de ánimo o un tono sensible al tiempo, al presente y a la actualidad. Funde en un sentimiento de universal compañía la multiplicidad, neoromántica. Desprecia la unidad de tiempo y de lugar y siente avidez por rescatar la emoción que tienen guardadas las palabras, las imágenes y toda especie de moldes, incluso los espejos. Su éxtasis es lo menos serio del mundo y pura broma o burla de sí misma, con mayor razón de los demás.

Todo lo que está hecho, comenzar de nuevo a vivir. Temeridad o ingenuidad de urgar en basureros buscando nidos de palomas o descubrir perversidades en los arrullo de las tórtolas. Hacer canciones y danzas con bocinas de coche, pistolas de aire y parches neumáticos. Inventar modos de decir al contrario lo mismo de siempre y al diablo la solemnidad. El sin sentido de asistir al nacimiento de los significados originales. Amor absurdo sin tembolres ni arrobos y también de la sencillez. Provocación de una comedia, jugando a los adultos para curarse en salud y seguir de niños en la vida.

Gustar de todo a sabiendas de que la cultura es imperfecta y que los clásicos nunca existieron. Propósito de no llorar ninguna ausencia de dar un sentido a la inteligencia, como de juego en pedazos rotos de estatuas. Nada patético, tomar con humor desmontar el mundo o la historia como se hace con el automóvil y sustituir los juguetes por máquinas biológicas.

¿De dónde vienen los jóvenes, muchachas y muchachos? Algunos son por naturaleza como los animales, conforme a la edad de su crecimiento. Juventud sana, inocente y amena que entre otras cosas, trepa a la moto, hace jazz y se mofa de los mayores. Pero ha de llegar a ser como éstos hasta tomar a su cuidado los empleos. Las máquinas y las mayorías proceden del cine y están inspirados por las escenas del Far West, las aventuras del agente 007 y los placeres de la Vía Veneto. No representan otra cuestión, que por ellos se mantiene la continuidad de la historia universal.

Otros aprendieron a vivir de espaldas a la esperanza, son descendientes de las desgracias morales y físicas del mundo, en que los excesos de lágrimas agotaron los buenos sentimientos. Maduros a golpes responden a su vez a puntapiés o disparan fuego contra sí mismos y al otro hombre que refleja la imagen frustrada de su amor y odio a la vez. Son rebeldes y pendencieros, están irritados o tienen humor negro por lo menos vociferan o aniquilan la vida, muerden o ironizan.

Hay los que proponen resarcirse de las negociaciones circundantes agregando a ellas la suya propia, bajo el estímulo de llegar por el fondo al otro agujero de la vida. Son los que se sienten perdidos y obran en consecuencia al encuentro de la extinción por embriaguez psicológica o física, de lo suyo o con los ritmos orgánicos que les presta la magia del sueño y de los estupefacientes.

Una nota parece común a los grupos de los irritados y de los perdidos. Es la que identifica su "anegamiento", que proviene de una sustentación en el mundo por el dolor y la tortura, con una experiencia religiosa que ofrece a esta contradicción un modelo de pensamiento liberador en la vía mística. Una esponja llena de agrio vino de la vida para apagar la sed o cerrar la herida por donde escurre la sangre. Lo cierto es que hay jóvenes felices. Aquellos primeros del cine y también los hay silenciosos, calmados y hasta heroicos; pero abundan los que por no gemir se burlan y ciñen su rostro de muecas e ironía. ni unos ni otros inventaron la dispersión, la multiplicidad y el extravío bajo cuyo singo nacieron. Son compañeros y en cierto modo se entienden. Es de esperarse por lo menos que brote un modo de vivir más generoso y alegre de la compañía que los obliga a vivir la misma inminencia del desastre.

La juventud como trascendencia positiva o negativa de una época y modo mundial, es algo más que un rejuvenecimiento o renacimiento de otra imagen anterior del hombre, cualquiera que sea.

Los personajes que más se parecen en su situación a los jóvenes de hoy tienen algo que ver con el Cid Campeador, Raskolinkoff y Chaplin. También con Don Quijote y algo más con el Lazarillo del Tormes. Nada sin embargo autoriza a desconocer que aparece al centro mismo de sus contradicciones, la imagen del cristo de la Agonía y de la Resurrección.